

Reseñas

Plutarco Elías Calles, *Correspondencia personal 1919-1945*, Introducción, selección y notas de Carlos Macías, FCE/Instituto Sonorense de Cultura, Fideicomiso Archivos Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca, México, 1991.

Hay una tentación permanente, persistente y reiterada de ver el presente con los ojos del pasado. La fascinación que provoca la evocación o la nostalgia tiene sin duda un aspecto pedagógico. No repetir los errores del pasado, la lección de la historia, el pasado y sus enseñanzas son todas ellas frases comunes que el aficionado o el diletante escuchan en sus primeros acercamientos historiográficos. Con todo, la mejor herencia de la historia es la apuesta siempre renovada de escudriñar zonas oscuras que tienen relación con vivencias personales o preocupaciones profesionales en torno a una época

particular, sin que una u otra se contrapongan. También hay textos, libros o investigaciones que incitan la imaginación para recurrir a las comparaciones históricas y descubrir similitudes con nuestras tribulaciones actuales buscándoles una respuesta.

La *Correspondencia personal* de Calles es una de esas obras que insinúan y, en algunos tramos de la obra, obligan a referir nuestra contemporaneidad con los actos del pasado. La figura y la obra de Calles han sido, por múltiples motivos, revaloradas, al mismo tiempo que desmitificadas. Muchas de las aristas de la obra del general sonorense se revelan con una claridad inusual. Hoy parece que su pensamiento social, económico, político y hasta cultural se encuentra más próximo a nuestro quehacer cotidiano además de que es, en parte, inspirador de nuestra elite política.

Carlos Macías, historiador acucioso

que ha dedicado nueve años a rastrear los detalles de la personalidad y la influencia de Calles en la vida posrevolucionaria de los años veinte y treinta, brinda una riqueza de material que rebasa con creces el simple utilitarismo de la obra callista.

Los apartados en que se divide la obra demuestran un profundo conocimiento de los pasajes más importantes y significativos, no sólo de Calles sino de la época. Es decir, permiten intuir el perfil de las relaciones cotidianas, familiares, sociales y políticas que se atan en forma natural y crean un cuadro coherente de la época. Se presenta un Calles cálido y bromista, preocupado e insatisfecho, optimista y desencantado, rodeado de una atmósfera vital que transpira estados de ánimo acordes con su tiempo.

No hay interés por desmitificar una visión de la historia para imponer un nuevo mito. Calles es devuelto a su circunstancia; es un visionario, no un profeta; funda instituciones porque es capaz de percibir las necesidades que lo rodean. En un vaivén continuo se presentan las condiciones familiares al mismo tiempo que las urgencias nacionales, la duda permanente y la certeza inconclusa.

En efecto, el párrafo con que se abre el texto introductorio revela un Calles profundamente conocedor de las debilidades humanas, no de la psicología del mexicano como quieren hacer ver algunos corresponsales extranjeros, que igual guardan el tiempo y el espacio para el elogio y la adulación que para la indiferencia, la traición o el desapego.

Sin embargo, Macías Richard, al se-

leccionar rigurosamente la correspondencia, ubica en una dimensión adecuada la presencia de Calles, es decir no se le sobrevalora ni se le subestima. El ordenamiento de la obra denota un tono biográfico —lo cual no podía ser de otra manera— suficientemente flexible como para descubrir las circunstancias de su acción pública y privada.

El compilador se cuida de no mitificar al personaje. Calles es protagonista principalísimo pero sus interlocutores y corresponsales tienen voz propia, haciéndolos creíbles y humanos. Dialoga y a través de ello muestra su dureza de carácter, trata de ser convincente pero deja de titubear. Es severo cuando las circunstancias lo ameritan, pero sensible en los momentos de dolor.

Los 16 años que abarca la correspondencia personal descubren las diferentes facetas del estadista y del general Calles, las intenciones y los propósitos de su acción pública y de su vida privada; ambas facetas unidas por la vida cotidiana de lo familiar y de lo social. Los entramados de la edificación de la jefatura máxima, mezclados con las preocupaciones personales de su esposa o de sus hijos. La anécdota íntima con la preocupación nacional, la dulzura y la condescendencia con la orden fulminante o el distanciamiento de la política.

De la lectura de la correspondencia pueden desprenderse por lo menos tres momentos fundamentales de la labor callista. En esas tres etapas —estrechamente vinculadas y que de nueva cuenta Macías insinúa con acierto al lector—, se refleja al Calles forjador de instituciones políticas,

económicas y sociales, así como al patrocinador vacilante de algunas empresas culturales y al activo promotor de las obras educativas que, estaba convencido, cumplían la función social de crear una nueva clase media apoyada en la pequeña industria. De ahí su preocupación por el desarrollo y los avatares de su fruto educativo predilecto, las escuelas Cruz Gálvez, herederas de las escuelas porfiristas de Artes y Oficios. En la primera de esas etapas destaca el proceso de formación de la personalidad política de Calles bajo la presencia indiscutible de Álvaro Obregón; en la segunda, está el presidente de la república que aplica las habilidades que venía acumulando al lado del caudillo máximo, y que adquiere otras bajo la mirada vigilante de éste aunque con la suficiente independencia como para imprimir su propio sello. Durante su administración presidencial revela dotes de estadista y muestra fidelidad a su propia filosofía política. No hay asunto más revelador de ello que la entrevista con los obispos de Michoacán y Tabasco en vísperas de la guerra cristera. En la tercera etapa, ya como Jefe Máximo, se revela el liderazgo político indisputable, heredero legítimo de la revolución y artífice del presidencialismo mexicano. Es el periodo de la fascinación para sus discípulos contemporáneos.

La primera parte, "El nuevo Estado. Temperamento de los artífices", muestra una generación, nacida entre 1875 y 1885, en pleno ascenso y madurez política, dispuesta a asumir y definir el rumbo político de la nación. Las tres figuras principales del grupo sonorense

—Álvaro Obregón, Plutarco Elías Calles y Adolfo de la Huerta—, intercambiando lealtades, confesiones, solidaridades, anécdotas o expresando intuiciones, ideas políticas, preocupaciones sociales, agravios o reproches que manifiestan el grado de homogeneidad política e ideológica que habían logrado.

La aparición de las diferencias que poco a poco irán deslizándose y haciendo estragos en la lealtad o la amistad muchas veces juradas, y que serán signos del futuro de cada uno de ellos. De la intimidad a la tirantez, del enfrentamiento apenas disimulado a la ruptura definitiva. ¿Qué pudo haber llevado al grupo sonorense hasta tal punto?

Los motivos del alejamiento y del enfriamiento entre Calles y De la Huerta se presentan en forma inexorable, sumándose uno a uno hasta dibujar el cuadro de lo racional, de la inevitabilidad del destino o del designio de la providencia. Al parecer, el subsuelo de las diferencias habría que buscarlo en el trato que Obregón dispensó a uno y a otro, más que en sus propias relaciones personales. Poco a poco, el tono de sus intercambios reflejará el deterioro de su amistad, el desmoronamiento de expectativas compartidas. La calidez del trato se convertirá en una distante, fría e impersonal correspondencia.

Las antiguas opciones divergentes se transformarán en motivo de discordia; los actos, las declaraciones, los gestos se interpretarán como agravios o desafíos. La estrella de Calles iría en ascenso mientras que la de su amigo

declinaba, a tal grado que se resolvería con la rebelión de 1923.

La identidad de ideales entre Francisco Villa, Calles y Obregón se revelan con gran nitidez hasta el momento de decidir quién debía ser el sucesor de este último. Villa sugiere a De la Huerta, con quien logró su amnistía ante el gobierno en 1920. El distanciamiento y el posterior asesinato de Villa serían otro factor de una disputa llena de sobreentendidos entre De la Huerta y Obregón. Así lo revela la correspondencia entre De la Huerta y Calles y entre éste y Álvaro Obregón. Aquí resulta de especial importancia la confesión sobre las razones del asesinato de Villa, y la descripción que se hace sobre la supuesta patología del "bandolero" duranguense. Hay un clima de "crónica de una muerte anunciada" que hace inverosímiles las razones de tal acto, pero que permite salvar una de las crisis más graves y agudas que enfrentaron tanto Obregón, sobre quien caerían las principales sospechas, como Calles, comprometido en el esclarecimiento del asesinato de Villa y que había mantenido relaciones cordiales con éste, precisamente en vísperas de la elección del sucesor del primero. Sin duda, estas cartas abrirán dudas históricas a certezas o a sospechas sobre la responsabilidad histórica de cada uno, las cuales se tenían como inamovibles.

El 1 de febrero de 1920, Calles presenta su renuncia a la titularidad de la Secretaría de Industria y Comercio. Dos son las razones que esgrime: su oposición a los partidarios de la candidatura presidencial de Obregón y la corrupción de la administración ca-

rancista. Sentimiento de agravio, de exclusión y falta de honradez en la administración pública. Con ello, conocimiento gradual de las redes del sistema político mexicano y de otras instancias de mediación política como los sindicatos. Traición a los postulados de la revolución, violación a la soberanía de los estados, cancelación de la libertad de expresión, ausencia de ética política, serían reparos en su actitud y en su pensamiento político al separarse de dicha secretaría. Sin duda, muchos de estos aspectos fueron puestos en la mesa de los acontecimientos posteriores. Pero algo que mantendría en cualquier circunstancia fue la separación estricta entre el estadista y el hombre de empresa. Por ejemplo, en muchas ocasiones se le formuló la invitación a asociarse en varias empresas o bien se le solicitó la concesión o subsidios para iniciarlas. En respuesta distante y fría, aseguraba tener en cuenta una y otra, pero siempre precaviéndose de cualquier insinuación de interés, alejándose de toda sospecha sobre la honradez en su gestión. Este rasgo poco conocido de su comportamiento muestra al Calles moderno y ajeno a toda concepción patrimonial del poder. A ello se añadía su persistente preocupación por mantener las finanzas públicas sanas y equilibradas, pero sin que ello inmovilizara sus esfuerzos reformadores. Si algún sentido tenía contar con finanzas públicas sanas y una administración pública eficiente, era precisamente para dirigir el esfuerzo estatal a obras de irrigación e inversión en infraestructura carretera, a fin de asegurar el des-

arrollo del país. Especial interés tenía Calles en promover una idea global del desarrollo de las diferentes formas de propiedad de la tierra o de su usufructo. El trabajo agrícola tenía que acompañarse de crédito, según los fines para los cuales fue creado el Banco de Crédito Agrícola. Ejidos, comunidades y pequeños propietarios aprovechaban con eficacia este mecanismo porque entre ellos se mantenía el espíritu de asociación y “tenían claro las ventajas del crédito agrícola”. No ocurría lo mismo con el patrocinio de sociedades regionales de crédito entre los “grandes latifundistas mexicanos”, y por ello no fueron alentadores los resultados, por el “egoísmo individualista y la falta de espíritu de asociación”, según daría a conocer un informe de las autoridades del Banco de Crédito Agrícola. El propósito de esa idea era no sólo mejorar el nivel de vida de los ejidatarios, sino lograr la emancipación económica del país. Su visión general de la importancia de la agricultura queda de manifiesto:

En la situación de crisis mundial por que atravesamos, la agricultura es la que tiene que salvar a nuestro país, pues los pueblos que pueden producir lo que necesitan para la satisfacción de sus necesidades, son pueblos independientes económicamente y, por lo tanto, son también independientes políticamente. Esa es la aspiración que debemos tener todos los mexicanos: hacer de nuestra patria independiente económica y políticamente.

El manejo y el conocimiento de las redes políticas se revela como una

constante. Calles afirma la importancia de mantener “el equilibrio entre los grupos y las fuertes personalidades del partido, sin que desde un principio se dé preeminencia a nadie”. El origen de la constitución del PNR tal vez pueda encontrarse en esa idea de la política. El aprendizaje de las fuerzas y composición de la clase política mexicana será empleado posteriormente, al convocar a la formación del PNR. Previa a la fundación de éste, Calles había dado muestras de una amplia experiencia política. Al ser postulado como candidato presidencial advierte que aceptaría todo tipo de apoyos si éstos entraban en el programa de gobierno que delinearía, pero además refleja su flexibilidad y su interés por aglutinar al mayor número de grupos locales, regionales y nacionales, así como a las personalidades políticas. A sus simpatizantes recomienda “procurar que todos tengan un amplio margen dentro de las tendencias generales del programa que se adopte para sostener y apoyar sus características posibles”. Es decir, inauguraría un estilo de hacer política, de conciliar los intereses y, finalmente, de abarcar lo más posible el espectro político para conjugar en una sola institución a los autoproclamados herederos de la revolución mexicana.

Al mismo tiempo, el acarreo, la compra de lealtades, el espionaje interno, configurarían algunos de los rasgos del quehacer político mexicano, más allá de la complacencia o de la anuencia de Calles. En contraste, prevalece un clima propicio a la libertad de prensa y el oficio periodístico poco controlado.

Otro tema de importancia son las

relaciones entre el Estado posrevolucionario y la Iglesia católica. En abril de 1925 se manifiesta una inquietud por las diferencias entre ambas instituciones. El documento de Obregón a Calles, fechado en ese mes, revela varias claves del conflicto que se presentaría en forma violenta varios meses después. Obregón refiere el "movimiento cismático" que se gestaba en ese tiempo y examina las posibles consecuencias que de ello se derivarían si desde las más altas autoridades se alentaba dicho movimiento. Llama la atención la perspectiva que adopta Obregón para analizar el estado de las relaciones entre ambas instituciones. Siguiendo la tradición decimonónica de la lucha entre los liberales y los conservadores, en los primeros agrupa a "las masas populares de las ciudades y el campo" que ideológica y políticamente combinan postulados políticos y sociales, considera inoportuno llamar a la formación de un partido católico liberal, tal y como había ocurrido durante la administración de Sebastián Lerdo de Tejada, o promover una Iglesia católica mexicana a la cual se oponía por juzgar que ello implicaba dividir a los liberales mexicanos. En suma, optar por una u otra propuesta tendría como efectos dividir a los partidarios del liberalismo y fortalecer al partido conservador, llevando la confusión a las "masas populares". El dilema, entonces, se centraría en "depender de Roma o del clero nacional, y para este cambio de amo o yugo, no vale la pena excitar la conciencia nacional", concluía. Obregón revela una conciencia laica que sin duda Calles compartía. Esta concien-

cia se verá prontamente manifestada en la entrevista que sostuvo Calles con los obispos de Michoacán y Tabasco, donde ratifica el principio constitucional del desconocimiento de la personalidad jurídica de la Iglesia católica. La participación del clero en el asesinato de Madero y el golpe de Estado de Victoriano Huerta serían un recuerdo permanente en la conducta asumida tanto por Obregón como por Calles.

Por otra parte, los tiempos de ocio eran ocupados en la disquisición de temas espiritistas, sobrenaturales o en las corridas de toros, estas últimas con su carga de creencias y fantasías como punto de contacto entre aquéllas. Calles y sus corresponsales nos deleitan con el mexicanísimo albur y el doble sentido que festinaban en el aire reconfortante de la amistad y la lealtad.

De la familiaridad del trato, "tus chamacas bien, y los míos queriéndote hacer suegro" le confiesa De la Huerta a Calles como posibilidad de aunar lazos de parentesco entre la clase política en momentos venturosos de finales de 1919 y principios de 1920, a las actividades públicas que muestran el ánimo, la tenacidad y la intención regeneradora al crear o promover instituciones como tarea de los artífices del nuevo Estado. La educación, la higiene, la salud, están siempre presentes en su esfuerzo constructivo, al mismo tiempo que las diversiones y el ocio que retratan los espacios cotidianos que van desde la cúspide social hasta los bajos fondos mexicanos.

En la segunda parte, "Aspectos de la cultural nacional", Macías Richard ofrece una visión fresca del ambiente

cultural de la época en su sentido más amplio, así como cuadros de la vida social, en particular del tiempo libre. En este apartado sobresalen las cartas de Alfonso Reyes sobre la experiencia de la huelga inglesa, la cual observa desde su posición de viajero y cónsul en Francia. Según comunicaba Reyes, la prensa socialista francesa sostenía que “la huelga general se ha revelado como un instrumento de lucha, de control difícil que no puede ser manejado eficazmente para fines puramente económicos”

Asimismo, otro documento interesante es el relativo a la investigación que realiza Manuel Gamio sobre los inmigrantes mexicanos en Estados Unidos y la importancia de éstos en el momento que se discutía la reglamentación de su ingreso en aquel país. Ahí se observan las dos posturas que históricamente se han enfrentado en lo relativo al ingreso e importancia de la fuerza de trabajo en la economía norteamericana.

Tal vez una ausencia importante en este apartado es el que se refiere al problema de la autonomía universitaria. ¿Cuál fue la percepción de ésta para Calles? ¿No tuvo móviles o sospechas sobre alguna vinculación entre los vasconcelistas y los escobaristas? En fin, hay una ausencia notable en este punto.

En la tercera parte, “Correspondencia familiar de los Elías Calles”, se aporta un conjunto de epístolas que retratan uno de los aspectos menos conocidos del general guaymense. Presentan a un Calles preocupado por mantener una constante información con y de su familia. El tono afectuoso

de su intercambio epistolar presenta a Calles capaz de confesar sus tribulaciones, sus pensamientos y sus dudas. Salta a la vista lo anecdótico y los detalles graciosos. Por ejemplo, su hija Alicia comunica el motivo de su ausencia a la escuela: “Lo que es que no quisimos ir a acarrear bancos y no cantó nada más el pajarillo”, y agrega más adelante, con referencia a su conducta dentro del plantel educativo: “Yo me porto muy bien en la escuela porque la señorita es muy beata y como las beatas son tan regañonas estamos quietas.”

A la selección juiciosa y meditada, la acompaña una serie de instrumentos auxiliares que permiten tener una idea más exacta de los corresponsales. Ciento veinte notas biográficas, un excelente y bien cuidado material fotográfico ordenado escrupulosamente el cual completa cada una de las partes del libro, un índice analítico y una cronología, redondean el trabajo de investigación de Macías Richard.

Antonio Padilla

UNIDAD DE LA CRÓNICA PRESIDENCIAL

Tzvi Medin, *El sexenio alemanista*, Era, México, 1990.

El libro de Tzvi Medin viene a enriquecer la exigua bibliografía sobre el sexenio alemanista, el cual carga con el sambenito de que fue un gobierno contrarrevolucionario, traidor a los ideales de la revolución de 1910, lugar común que ha remplazado el estudio riguroso de este periodo. El tra-